

Dédalo

(biografía apócrifa)

Ana Abregú



Dédalo

Ana Abregú

Abregú, Ana

Dédalo

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Junio, 2020.

Pag. 97 ; 13,34 x 20,32 cm.

ISBN: 9798654316844

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. 3. Novela biográfica.

I. Título

Diseño de tapa: Ana Abregú. Foto: Julio Barco.

Diseño de cubierta e interiores: Ana Abregú.

Metaliteratura www.metaliteratura.com.ar

© Ana Abregú 2020 - Reservados todos los derechos.

Impreso en Amazon

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

A mi abuela Pola

El mundo es de inspiración Tantálica.
Macedonio Fernández

Dédalo o repesando la novela lírica

No puedo escribir sobre Dédalo de Ana Abregú sin pensar que finalmente la literatura y la poesía son un enorme tejido de redes sinápticas que saltan y transmiten, que fluyen y conectan entornos y abren nuevos diálogos. Ahí donde alguien termina un poema, yo empiezo otro y tal vez tú, lector, al escuchar el mío, empieces otro y sigas tejiendo el diálogo de un extremo a otro: pieles y lenguajes, signos y sentidos, calles e itinerarios abiertos sobre el siseo del respirar, en la plenitud del arder. La poesía como una experiencia creativa escrita en tiempos de coronavirus y de futuro incierto. Ahí yace lo vivo del canto, la continuidad donde renace el autor en lector que es autor de otro lector. La poesía como una gran Matrix de voces y diálogos, símbolos y atentados o tratados mentales; oscilaciones entre Vallejo y Juan Ramírez Ruiz; y atrás, Eguren, Adán, Ricardo Palma, jugando billar y tomando un té con eucalipto: el arte poético en la era de Internet, justamente, se hace un software de mente en mente, crece como virus y expande su entidad. En, y desde, Latinoamérica se alzan todas estas voces atadas a la lengua global como a su caos. Arder (gramática de los dientes de león) es la gramática de un sueño que se hizo poema, cuaderno, calle, manifiesto del cuerpo y sinapsis; y Des(c)ierto, la continuidad de un sueño que solo es posible en el lenguaje, y que gracias al lenguaje se hace vivible, posible, moldeable, triturable, habitable; escritos en las calles y vacíos de las ciudades del Perú. Y Semen, simetría del joven sol, que es mi primera novela y también un cuarto repleto de sensaciones y palabras,

cuerpos mojados e inexorable vida. Somos literatura, texto, el jadeo del signo. Libros que uno hace en el caos de una vida enquistada en el eje neoliberal, en la rutina, en la bulla de la sociedad, en los caminos abiertos del hartazgo, en la disimulada manera de evitar la desesperación cuando te observas a ti mismo como canto entre viernes y microbuses, cuerpos y amigos, calles y comedores populares, escritura y premios, garúa y ciudad. ¿Qué decir sobre un libro dónde soy el personaje central y se habla de mis movimientos como símbolo a la construcción de un poema; y establecer un juicio soluble a un diálogo armónico? ¿Qué no decir? ¿Qué diría el propio Verástegui al observarse aquí? O mi Pata, Izquierdo Duclos, al aparecer como personaje de esta novela argentina. Ni idea. ¿Qué hacemos todos revueltos y literaturizados en la prosa de una escritora argentina de inicios del siglo XXI? Suena a trama de novela de Murakami o de Kafka, pero es que ya la ficción y la realidad se superan y se arman en una trama totalmente irracional aunque estéticamente fecunda. Seguimos vivos. Y nada: somos héroes de nuestro propio gozo creativo, esclavos de nuestros hábitos y nuestra lengua. Habitamos y hacemos nuestras gramáticas y nuestras gramáticas se mueven como simiente de mente en mente; activando otros colores y sueños, abriendo y encontrarnos nuevos ojos. Estamos en un cuarto en la calle los Puquiales pero también estamos en el universo. Por eso, me aventuro a leer Dédalo como un pequeño cosmos de reflexiones sobre el acto poético; catalejo *joyceano* y *macedoniofernandiano* de luces; sus ondulaciones, sus observaciones, sus espejos refractan la luz de la intelectualidad pero no con densidad sino con belleza y enriquece nuestro conocimiento sobre lo poético;

para ello, se sujeta a un abanico de autores con los que dialoga, piensa rabiosa, serenamente el personaje; todo ello enquistado en una estructura que recupera La Odisea de Homero y el famoso itinerario de regreso a casa. Como Cortázar en *El perseguidor*, Abregú, envuelta en toda esta titilante mampostería, persigue atrapar el genio creativo del poeta; en ese camino de germinación, observa y lee, analiza y entiende, bebe el néctar poético y siente la luz del verso, entiende la forma y entra en la visión. Todo viaje de lectura es hacia nosotros mismos, por eso, Abregú encuentra su propia voz, dentro de Oitos –Nadie–, el nombre con que Ulises engaña al cíclope y sigue su itinerario. Aquí no hay derrotas. Gana el lector.

Yo, tú. Sin embargo, ser nadie es ser ese otro, es decir, habitar el lenguaje en el espacio de la posibilidad, del juego infinito, de las máscaras: la escritura. Nada de juegos ni de artefactos poéticos: en medio del apocalipsis que vivimos, la poesía traza una mecánica de liberación y posibilidad. Y ya siendo novela, recuerda mucho a la tradición argentina, donde voces como Borges, Macedonio, Libertella, y otras estrellas siguen escribiendo sobre la escritura, hablando sobre la literatura, es decir, nutriendo sus obras de la propia Escritura: escribiendo lo escrito para generar nuestros espejos, nuevas posibilidades de asomarnos a la realidad. Una escritura, en suma, peligrosa y corrosiva que nos enfrenta a la experiencia más inmediata con la poesía y la virtualidad, ese vivir en tiempos de la Internet. Dale click y empieza el juego.

Julio Barco. Seremsa, junio 2020.

Ática

Ha despertado para tener presente, en la realidad, el sueño intempestivo. El sigilo de la noche, como un delito, se mantiene estático.

El sueño ha perturbado, con una huella incrustada, el poniente de la habitación.

Mira las manos que van a escribir sobre la cartografía en la que ella está tocando su piel.

No ve nada, hay oscuridad, es la desesperación la que le hace creer que las ve; las imagina.

La oscuridad parece guarida, pero es desenfreno de vacío.

Atrapado en la superposición de imágenes quebradas entre luz y oscuridad que forma la sombras de la cortina de la ventana.

Lo perturba el deseo de la muchacha que se ha marchado a Trujillo, asume que la última mirada que ella ha dejado, un reflejo nítido de sus interioridades, es una demanda.

Hay mucho que hacer en Lima, la poesía es urgente, tiene que hacer presentaciones, dar clases; baraja un laberinto de excusas para desplazarse hacia el norte.

Hace un tiempo que se siente emboscado en Lima, al punto de hacerle jugarretas al ánimo;

tiende suficientes conexiones para dar conferencias durante el camino; debe buscar apoyo y dinero.

Madura un paraíso particular, enajenado; baraja teorías.

Lima parece emborronada mientras no se definen los colores de las fachadas. El silencio propicia los ruidos de pasos, algo que huye, algo que digita sobre el papel vacío en el escritorio, como si intentara descifrar los manuscritos donde Luna ha dibujado un lápiz, como clavado en la hoja, un gesto de instauración; el papel se mueve levemente, como una flama o un insecto.

Escucha sin oír, mira sin ver, ella se ha quedado en el sueño a pesar de las asechanzas del olor que parecen hacerla presente; será el hombre que necesita convertir el símbolo en carne, ella, Ileón es el símbolo; él arde.

Luna siente que la geografía se curva; no hay distancia, hay tiempo entre Ileón y él. Hay borrasca como las que arremolinan montañas y pervierten mareas en tierra.

En Lima, a la prosperidad la completa con la actitud del color, se ata a su gente con el elemento confinante de las flores; Luna camina por la plaza, los tiestos de flores distraen la mirada, pero acusa el impacto, claro y tremendo del hombre que viene hacia él.

—¿Verástegui? ¿Enrique Verástegui? —dice o pregunta, la perplejidad le pone en la voz una estridencia.

El hombre trota hacia Luna, los anteojos empavesados son de la leyenda, la frenética sonrisa; la sonrisa es lo único que tiene aspecto de fantasía.

—Soy una imagen divina en el mundo sublunar
—las palabras le agregan un espectro a Luna, que ya tiene el amor compitiéndole por el cuerpo.

El mismísimo Verástegui lo está mirando y le habla.

—Nada enaltece más que la vida sabiamente llevada. Nada produce más que un rosal —dice.
¿Son los rosales promiscuos?, piensa Luna.

Toca a Luna, que mira a su alrededor, por si alguien más percibe al hombre que habla.

Alrededor del tiesto las flores acusan el impacto del sol, devuelven al paisaje un brillo vivo; de día, deduce Luna, los fantasmas son más comprensibles. La cara de Verástegui sin divisiones, abierta, franca; los vidrios de las gafas, ínclitas, reflejan el color de las flores.

—La poesía rueda contigo de la mano, por estos mismos lugares, que no son los lugares para filmar una canción destrozada.

Luna se deja llevar; la voz calma el grito que acuña por dentro; en el cuerpo se abren nuevas

fórmulas, las palabras de Verástegui le completa ideas de hiperbólicas descripciones de la belleza. Se suma al paso del poeta y se pregunta si puede inquirir; teme interrumpir al maestro y que su propia voz lo desaparezca.

No hay más sonido especial que el de esa voz; están en el centro de Lima, ambulantes, bares, el bullicio de la gente, todo eso que forma parte del eco de una impar riqueza; personas y lugar, la variedad desigual, personas en el desamparo.

La Lima de Luna es una visión antigua que ha soñado leyendo; gente sentada en esteras, vendiendo sus mercancías, los cuerpos en equilibrio singular, como estatuillas antiguas, con algo menos de vida, pero mucho más de poesía, de color, de caprichos.

—Este es nuestro Perú —dice a un Luna que casi flota —: un proyecto indefinido en el cosmos.

—Velamos ese sueño —dice Luna —, por ahora, todo resulta en miniatura; el fenómeno no es cambiar o disminuir los sueños, sino hacer que la realidad calce en ellos.

Luna acusa en su voz el mensaje propio; los miembros tensos, alargados, aturdidos; Luna es un cuerpo logrado por la persistencia; piensa, perturbado, que no alcanza a completar la imagen de Verástegui a quien ha visto en fotos; la silueta del gigante le pone relieve a la figura moral con

que se siente identificado; se silencia, como si el poeta del desencanto estuviera por emitir una revelación.

—A los 21 años fui una voz ineludible, no sé dónde ha ido eso. Es tiempo de la nueva generación, te harán falta los libros dorados, los que te gustará que te acompañen en el viaje. No dejes sepultar el cuerpo en rencor. Por momento pienso que ese fue mi error. Hubiera querido tener dos vidas, para probarlo.

Verástegui detiene el paso, mira a Luna.

—Escucha el murmullo: es de la gente, no de las cosas. También es el olor de las cosas vivas. Estas pobres alas me quedaron insuficientes.

A Luna el poeta lo atraviesa, puede leer los pensamientos que desde el sueño de la mañana están en Trujillo; Luna acusa la presencia, sintiéndose frágil y con vértigo.

—Tengo 28 —dice, como excusándose—, pero *soy un poeta de la Internet* —agrega como si colocara una realidad distinta, algo que lo hiciera reaccionar de lo que cree una alucinación.

Sin embargo, las piedras de la calle, los edificios, las construcciones pesadas, la reja de hierro de las ventanas del Palacio Arzobispal, conspiran contra la idea de la inmaterialidad.

—La intensidad no remite a significados ni a significantes, sino a un nombre propio: Luna.

Tienes un propósito, úsalo—dice, citando a Deleuze, como si hasta pudiera llegar a los pensamientos de Luna.

Verástegui toma el cuaderno de Luna, lo abre al azar, lee: «Permanece en tu verdad del amor al conocimiento, permanece en tu desprecio por la vileza de las cosas mercantiles que sólo pueden hacer de ti un objeto más del mercado. Enrique Verástegui».

—Me citas, ahora siénteme —y apoya la mano en el corazón a Luna.

Luna asiente, le han otorgado algo mefítico, una emanación que lo está volviendo transparente, como si el cuerpo le hubiera sido extraído de otro lugar y tiempo; mientras el ruido del entorno no deja que el alma escape, a su alrededor, pitan, humean, entra y salen del cuadro de su visión; la gente parece indiferente, no hay almas allí; hay bandadas de pájaros, hace calor.

Verástegui le devuelve el cuaderno, ya no lo mira, le da la espalda a Luna, y se aleja. Pronto lo pierde, pero no entre la gente, sino entre el ruido; la voz del poeta desaparece antes que la figura del poeta.

No alcanza a escribir las palabras, pero no es necesario, mira en el cuaderno y las ve escritas, las escribió él mismo, es su letra.

Ahora agrega: “conquistar Trujillo”, señales que en el cuaderno es como un plan de guerra.

El lápiz como ariete; el cuaderno de escrituras, una mochila y, tal vez, una botella de vodka.

Y cargar la caja de resonancia de sí mismo, una voz que rasga por dentro, hecha de palabras, de lenguaje, de un grito que necesita el cuerpo de Lleón, para serenarse. Luna arde.

Lima

Por qué Luna está en Lima y la bella Ileón en Trujillo, no se dirá en el texto, pero quedará escrito, que es como si la historia fuera acompañada de un siseo inoportuno durante la vacilación de Luna: por qué ir a Trujillo; la muchacha ha elegido a París o París a ella, no lo sabe aún, pero en todo caso es un pronunciamiento que podría convertirse en palabra: Luna es poeta, le gusta decirse poeta, y más allá, en irreflexivo ímpetu, es el poeta del Perú, un poeta en la *era de la Internet*.

Trujillo también es Perú. Una revelación.

Duclós lo mira torcido, reconoce en Luna una vena trágica, por momento, pero más postura poética que locura.

—¿Verástegui? —dice en mal tono— Pata, estás fumado.

—Podría equivocarme con la cara, con la postura; el sol del Perú le impone a uno algunas visiones, pero no podría equivocarme con las palabras.

Duclós señala la biblioteca de Luna.

—Verástegui está aquí —dice, mientras se acerca a un libro, lo abre y lee —: “Ya no pude

volar sobre ti como todos los días a las tres de la tarde estas pobres alas no dieron más”

Luna está algo ausente, algo bebido, algo fumado, y acaricia la cama.

—Aquí estuvo —dice con voz lejana.

Duclós sigue auscultando libros.

Luna piensa en Ileón, la muchacha que dejó besos en los labios, promesas convertidas en distancia.

—Aquí menciona las alas, pero algo salió mal —dice Duclós —, en Ditzibao, “La extrañeza de ser dos aves hurgándose el pecho y corriendo uno detrás del otro entre las matas y bancas del parque”, ¿fuiste a buscarla y encontraste a Verástegui?

—Somos la generación de la Lima fragmentaria, con el corazón en la ciudad que era pulso de los poetas del '60, ahí se hizo un nuevo Perú, y no nos encontró hechos, sino frente a ese desafío. No podemos ignorarlo, no podemos decir, simplemente, ya lo hizo Verástegui. No podemos. Entre la Lima colonial a la Lima moderna, hay alma, hay amor y sobre todo una realidad de fluidos infames; «”En mi país la poesía ladra/suda orina tiene sucias las axilas, La poesía frecuenta los burdeles/ escribe cantos silba danza mientras se mira/ ociosamente en la toilette/ y ha conocido el sabor dulzón del amor”», refleja en mí.

La cita de Enrique Verástegui, deja huellas adherentes como las del caracol, no se detiene en la mente de Luna, es como si le tomara el cuerpo.

—Alto, Pata —dice Duclós—, míranos, no podemos reflejar nada, rechazamos la luz —dice, y ríe de la ocurrencia; intenta sacar a Luna del trance.

Antes de morir por amor, morir por Perú; compiten por el cuerpo dos amores que parecen destinados a clausurarse, una mujer, el país. El amor, otro amor, el amor. Porciones de uno y otro en mitad del paisaje. Ambos, destinos incitantes que resuenan en los pensamientos de Luna. Impreso el código de la conquista.

—No intentes replicar el encuentro de Verástegui con Lezama: Te encuentras con un Dios, y en vez de obtener sus palabras, observarlas, o en todo caso compartir las tuyas, no vas que tienes una gatita en el corazón, y transcribes: “no puedo soñar cantar escribir ese poema para ti mi gatita”; entiende, en este siglo, las mujeres no son gatitas, son panteras. Cuando Verástegui escribió eso, ya existía el 8 de marzo, aunque no con la actual desproporción. ¿No crees que Verástegui se perdió algo en esos poemas?

—Tengo que ir a buscarla —suelta Luna.

Duclós suspira, hay intensidades que absorben el aire, empujan la persecución terca de un ideal; la

aspiración relanza el anhelo de una nueva ambición.

— A quién —dice Duclós— él está muerto. Y ella está con otro.

La crudeza de la frase hace cerrar los ojos a Luna, como si con ello hiciera desaparecer el eco de las palabras.

Luna se mira en el espejo, los ojos como cuñas, que quisieran penetrar el futuro en donde hay una muchacha que le sonríe, él devuelve el gesto, como si quisiera acomodar la curvatura de la boca a la misma extensión que la de la muchacha que imagina, amplia y fundadora de un deseo que le eriza el presente.

—Ya está —dice Duclós—. Esa sonrisa de bobo—, vamos Pata, deja de ensayar sonrisas.

Luna vuelve en sí; le parece más mágico encontrarse a sí mismo en el espejo que a la muchacha que hasta hace instantes era un beso en los labios.

Deciden ir a Artemio, en la esquina de Quilca. Luna busca el olor, el recuerdo.

—Aquí la besé. Aquí se sentó —dice a un Duclós que pide café.

—Querés revivir un cadáver. Es penoso. Es una mujer, no la conviertas en Helena, terminarás despojándola de humanidad.

Es como si el fantasma de la muchacha se incorporara, poco a poco. Es como si estuviera; le

toca las manos, le roza el rostro. Luna parece más ausente que ella.

Entra al bar un señor adusto, Luna y Duclós, reconocen el aspecto azaroso; el bigote espeso. Se sienta con ellos como si los conociera de siempre. Duclós y Luna se miran, como para comprobar que están viviendo la misma experiencia. Una aparición.

—La ciencia Helénica clásica propone divertirse examinando un espectáculo de ciencias chinesca.

Duclós entiende que su metáfora ha convocado alguna fuerza superior; Luna, encaja el golpe como un reto, dejar de ser la sombra impone movimiento.

—La sabiduría es una Gorgona, el conocimiento es un gozo —dice el hombre, y mira a Luna—. Eres un espíritu libre y caótico, por qué te entregas a la esclavitud.

En Luna, que se fragua una existencia reflexiva, hay cierto abatimiento, no alcanza a deshacerse del fantasma de la muchacha que ya lo agobia otro fantasma. Cómo construir una actitud heroica sin intentar conquistar el amor, cómo conquistar la poesía.

Ni siquiera alcanza a terminar la idea que se acerca otra sombra y se suma a la mesa.

—Sólo ves un aspecto y aquí, los jóvenes, entienden tu postura; pero hace falta un poco de realidad, de orden, de hecho. El joven,

enamorado o no, no se sabe, ha sido abandonado, o no se sabe. La lógica, no ha retrocedido desde Aristóteles, y es peligroso contradecirla.

Nietzsche ríe.

—Cuidado, éste señor, les va a hablar de éxito, como sistema evaluador o residuo—dice, mirando con sorna al recién llegado. Es una provocación.

—Dices éxito como si fuera un total. La lógica no es cuestión de cantidad, por el contrario, es un límite, pero permite analizar bajo parámetros estrictamente conducentes. Aquí el joven, encuentra obstáculos naturales, la distancia, el abandono; no son fenómenos abstractos — responde Kant.

A Luna, confuso, lo sobrecoge un enajenamiento, como si el entorno no le perteneciera.

Las voces juegan retruécanos en los pensamientos de Luna.

—La inacción me perturba—dice Luna.

Mientras piensa que es la pasión y el destino del hombre se hunde en el tiempo en que vive; necesita avanzar hacia un objetivo, mientras tanto tiene la impresión de no vivir su propia vida, sino de flotar dentro de ideas que construyen el presente.

Luna parece tener una vida hecha de sentencias; su existencia y arte se han entretejido en su

expresión y deseos, que se ven, ahora, propulsados por voces febriles que lo agobian y ungen sus partes; el cuerpo se le va resintiendo, el aire se le vuelve difícil de respirar.

Nietzsche también amó a una mujer, a la que otros amaron, piensa Luna; ella asumió su genio pero no el amor. Aunque ha dejado huellas imperecederas, amó a las mujeres que no lo amaron.

Pero para Luna, en precaria suspensión, significa despertar una capacidad, un elemento fundante: el amor; por desigual que fuera, es una energía superior.

Decide un presente con el corazón en el futuro.

Duclós se debate entre la incomodidad que le producen los argumentos y un sentido místico que, de pronto, se le ha instalado en la garganta, y apenas murmura:

—Pata, esto no es mi culpa —dice más para sí que para el poeta. Como si de pronto creyera que sus palabras, y no la situación de Luna, ha convocado a tamaños fantasmas.

Luna estira la mano y con la punta de un dedo, toca a Nietzsche, que no ha cambiado el semblante.

Un gesto innecesario. Constatación anacrónica con su época. Es *un poeta en la era de la Internet*. Círculos de argumentos que son también inacción.

Insiste Nietzsche:

—Al amor no se lo enfrenta con lógica, es un desgaste tratar de hacer coincidir la ineficacia de las ilusiones con la realidad. Hay que enfrentar los cuerpos; aquí, el poeta, constituirá el sentido en sí mismo, como todo el sentido de un lenguaje en creación: sin pasado, ni especulaciones; el cuerpo verdadero es el que da cuenta en su poesía, el lenguaje productor de sentido.

Luna se siente definido sucintamente.

—Hay casi una ilegalidad en entregarse a cavilaciones de un pasado ajeno—dice Duclós.

—No hay certezas en camino alguno—dice Luna.

Piensa que donde está hay ausencia; que los movimientos se esconden, y ya luego se pone a buscar gestos, en vez de destino. No quiere huir de estar atravesando un delirio, quiere avanzar; lo escribe en el cuaderno; mira a Duclós, mira a los hombres, escribe y escribe: “atado eternamente a ti”; el amor, la poesía, y las palabras, se materializan en una frase que parece simple. Luna, encendido como si tuviera luciérnagas recorriéndole las venas, escribe.

Kant mueve la cabeza negativamente.

—No hay más que acomodar el lenguaje, el joven aquí, tendrá la oportunidad de eludir al mundo con las palabras. Cuando hay abandono, hay olvido.

El lápiz de Luna, va mineralizando dendritas en frases que se suspenden a medias, “El lenguaje se desata incierto”, escribe; perturbado por las voces que insisten en la realidad; se niega a sufrir el dolor que otro dolor impone, prácticas que fueron soportadas por la escritura, Luna circula en sentido contrario, deja el dolor en la escritura y en el destino el amor, que es la única verdad ante la que resigna las vaguedades significativas; y de repente, comprender que todas las palabras le eran dedicadas a ella la muchacha de Trujillo, al poema, al amor.

—Acomodarse al referente no le dará consuelo.

Hay que vencer a la opresión, ir en busca del amor, dejar el orden o la estructura. Cambiar al narrador, convertir el texto en poesía, recurrir a los instintos primordiales, es una premisa de la vida—se acalora Nietzsche y le devuelve el toque a la mano de Luna—. No contradigas tus instintos.

Luna abre el cuaderno, y le expone una frase que ha utilizado como epígrafe en el poemario Arder, “Toda mente profunda necesita una máscara”.

—Mi cuerpo sin movimiento es la máscara — dice Luna.

Es un poeta que se va cincelandos por dentro, errante en un espacio sin fondo ajeno a la lógica del tiempo. Se revuelve inquieto. Se fragua un volcán a pesar de alojarse en un cuerpo que parece dormido.

—Entonces comprendes el egoísmo, por sobre obligaciones morales.

Un volcán, se dirá en el texto; porque la narración, tímidamente, impone un exhibicionismo verbal que es una señal del poeta. La maquinación de diálogos se entrega al placer de lo estricto en las palabras de los otros, los fantasmas; Luna no se deja intimidar por el pasado para no enfrentar el futuro, lo que lo perturba es el presente.

Kant parece ofuscarse, se incorpora, mira con algo de ferocidad a Duclós y a Luna.

—Entiéndase el amor como la imposibilidad de mera categoría, es necesaria la intuición, para exponer en ella la realidad objetiva. Pero hay un vacío igual de cognoscible: la ausencia del objeto del amor. Tal vez el conocimiento de esa otra realidad, la ausencia, lo predisponga para asumirla.

Le dirige una mirada a Nietzsche que ha arrugado el seño, mientras Kant desaparece por la puerta, dice:

—Es posible que ambos tengamos razón, sólo que son puntos de vista diferentes. Para el amigo Kant, el amor es una condición transcendental que cierra en la cuestión de la improbabilidad. No obtendrás nada por ese camino.

Y se retira, dejando a Duclós y Luna en silencio, opera en ambos un espíritu como de análoga revelación de la inmensidad.

Luna ha perdido la voz, pero no las palabras, son tan potentes como el amor que va escoriándole el alma.

Cuando las presencias se retiran, hay un espejo detrás del mostrador donde los ojos de Luna sorprenden a Luna, como si la turbulencia que emiten, estuvieran rotando dentro de una espera. Muévete, piensa; ve por ella.

Trujillo también es Perú, y también es Ileón.

Es otra revelación.

Los días y las arterias de la sangre se extreman en oprimirlo, «a veces el lugar es otro lugar», le dice el corazón, y reemplaza la palabra lugar con la palabra Trujillo, o Ileón, alternativamente cae en la desazón.

A Lima no le falta color, olor, disturbios, insatisfacción, asuntos que se propuso resolver en la palabra; Luna es poeta, y ser poeta al estilo Perú significa una herida en el gentilicio, ser peruano, ser Perú, ser poeta en el Perú, nacer con una marca al estilo latinoamericano, la piel y el corazón de tierra.

Duclós ya no aporta resistencia. Le ofrece algún dinero que guardaba para sí, siente que los instantes compartidos en el Artemís, lo han

despojado un poco de expectativas personales, como si la épica de Luna lo hubiera embargado.

Luna, desde su casa de El Agustino, escribe una frase en el cuaderno, antes de prepararse para partir: “Yo quiero llegar a un color: pintar su movimiento”; escrito en las Voces de Agucho, recopilados por La Ingeniosa Cartonera, en la convocatoria que hizo en Facebook; Luna, que es *un poeta en la era de la Internet* lo inscribe como una señal, que lo hará salir del laberinto en el que presiente que se interna.

Se mira en el mismo espejo que encierra la sonrisa de Ileón; ahora a solas, con el cuerpo desnudo, esperando ver el de la muchacha y no sólo hacer coincidir la boca, sino el sexo, los pensamientos, las miradas, evocar algún milagro que le instale certezas.

El espejo le devuelve la mirada que parece una herida y un cuerpo minado de pura ausencia.

Se viste sin pesar, sin exigencias, como si estar liviano de equipaje lo hiciera volar y desaparecer distancias.

Luna mira a Jarry, negro, como recuerdos, el gato alerta, como si supiera.

Aspira profundamente y escribe “Lima huele a sandías”. Respira profundo con la idea de retener la inspiración y soltarla en Trujillo.

Se escribirá que llevar el olor de Lima en un suspiro resulta poco práctico, asunto que resolvería cargando una sandía.

Corre el año 2020, en un febrero cálido, el poeta Luna, carga en los pulmones el olor de La Ciudad de los Reyes, la Lima que huele a humo de autos, cubos de basura, sudor.

Viaje

El acontecer se convierte en un reloj de arena. La distancia que no *es*, sino tiempo, se instala en el cuerpo como un ronroneo.

Se dirá en el texto que el destino *es*, antes de dejar de ser una geografía de mujer.

La circunstancia muda de una escena fugitiva, Lima, estrellándose contra el paisaje a sus espaldas.

El cuerpo compite con el pensamiento por quién llega antes al próximo mojón, la ruta se ensancha, se abre sin resistencia.

Con el lápiz sobre el papel, el poeta se desliza entre palabras y mirada hacia el punto del destino; las manos, como si hicieran el camino hacia el cuerpo de Ileón, dejan cráteres en el papel; hay una fuerza impenetrable en el fervor del lápiz que escribe palabras de emoción, de peligro, de órganos que se buscan en el cuerpo de la letra, el poeta usa el *ampersand*, lo dibuja, lo instaura, lo traslada; una clave de sol en movimiento, en el texto se dibuja: &.

Camino a la estación Duclós coincide en un sentimiento de contradicción con Luna, la celebración de un poema que se quiere salir de la hora en una existencia propia del vuelo de la

palabra, parece una aspiración incontenible, pero que Luna esté dispuesto a poner el cuerpo en ello, es dejarle el espacio al instinto atávico, usualmente demoledor del amor; piensa que Luna está incorrectamente expuesto.

—Llama cuando llegues —dice sin convicción.

En Luna, como si los pensamientos anohecieran, flota una sombra de cobre, más potente que un trazo escrito en el papel.

Ambos absortos en sus propias negruras, no advierten el hombre alto que se acerca, hasta que les habla.

—El poeta es esa contradicción permanente que le da sentido al universo—dice.

Luna y Duclós, como si hubieran sido impactados por un rayo.

—Mi realidad es mi girasol —dice Luna, algo replegado.

Por alguna razón el susurro atávico del lenguaje le interfiere con los sentimientos. Ileón, la muchacha en Trujillo, el girasol de Luna.

La voz, hebras de palabras adheridas a un poema escrito en el cuaderno, está allí, presente en la despedida, el corazón flota entre verdad e ilusión, como si estuviera duplicado, teme estar escindiéndose y que sus poemas le estuviera reteniendo fragmentos en Lima; alguna vez pensó que en el nombre de Cortázar se inscribía una verdad infinita: azar; que el amor estaba siendo

revelado en el nombre, en el oficio, en una forma de hablar y escribir. Cortázar fue de su tiempo, como el poeta lo es en la era de la Internet.

—El despliegue poético, que es arrebató y compromiso forma su instinto desde la realidad —dice Cortázar.

En la palabra “realidad”, hay un susurro como si la contradijera.

—Cuando en una palabra entra una mujer, hay un poema por describir, se impone la aventura del lenguaje—dice a Duclós que intenta desconectar la perplejidad con las palabras.

—Aquí, el amigo, necesita recuperar la conciencia para recuperar las palabras; ir en búsqueda de una mujer, creyendo que es la búsqueda de la palabra, me parece, termina en decepción—dice Duclós, ya sin contener el sentimiento sombrío que lo embarga.

Duclós comienza a pensar que están involucrados en alguna causa, aparecen voces o personas que implican en el lenguaje una ambigüedad igual de imprecisa para razones hacia el amor, como de cancelarlo.

—La realidad nos pertenece en su absoluto y es la palabra poética la única responsabilidad auténtica a que obedecemos—dice Luna.

—¡Exacto!—exclama Duclós que, por un momento, siente alivio ante el fantasma que podría estar introduciendo un poco de la

sensatez, que por días, ha estado tratando de inocular en Luna.

—El poeta busca en la palabra, no solo un modo de expresarse, sino un modo de participar en la realidad misma. El poeta mediante el verbo no expresa la realidad sino que participa de ella. La puerta de la poesía no tiene llave ni cerrojo: se defiende por su calidad de incandescencia.

No es posible neutralizar una aparición, piensa Duclós, el camino del escritor ya lo ha hecho ineludible, el fenómeno de la revelación le pone a Luna una percepción de la inmensidad de su amor, en el mismo nivel de importancia que las palabras.

Ni siquiera se van extinguiendo los ruidos y olores de la estación. Se les une alguien más.

—El movimiento es lo único que da cuenta del existir.

Cortázar sonríe, se da la mano con el extraño. La actitud es de reconocimiento como en una cita previa.

—Hagan caso a Marc —dice Cortázar, señalando al nuevo contertulio—, entiende bien sobre la importancia de las relaciones entre personas.

—Amigos —agrega Marc— el anonimato de los *no lugares*, enmascaran los objetivos, aquí se dan todas las razones y las no razones. Concéntrense en las pequeñas felicidades que ofrecen estos espacios al transcurrir. El más

alienado puede experimentar esos momentos de existir intensamente; pero sobre todo debe ser consciente de estarlos viviendo: no son instantes que nos vendrán por azar sino que hemos de saber que se están dando en el momento, reconocerlos para que puedan permanecer en nosotros; si uno es consciente de ellos también son una promesa de futuro. Aquí, el amigo Julio, es un ejemplo de ello, no ha desperdiciado su camino —y dirigiéndose a Luna—. Aquí, en el afuera tan anónimo, es donde se fundan los esquemas de algunas conquistas. Aquí el espacio parece abundar, pero, mucho más, se comparte.

Escuchan la advertencia del transporte a punto de partir, a Luna lo embarga el gozo del conquistado, se deja irrumpir por el entorno, toca el cuaderno y el lápiz, mira a Duclós, y acaso siente que, por un segundo, el amigo aprueba y comprende.

Hay una atmósfera en los no lugares en el que Luna se deja resbalar, es a la vez, una forma de no estar. Por el momento, “es consciente de ellos también son una promesa de futuro”; como dijo Augé; a los tres, los une la palabra, piensa Luna, la palabra azar.

Trepa al estribo del transporte y echa una mirada hacia los tres hombres que lo despiden.

Al sentarse busca en *Arder*, y lee:

“1.39. La libertad de la mente es una fruta dulcísima, un lenguaje incendiado mis sueños *No te pongas ansioso y contempla.* Pienso en las voces los gobiernos las estrellas los ditirambos el cielo y no sé si podamos encontrarnos 4.500 millones de años después de todos estos versos el sol se tragará a todo el sistema solar Y lateo una tarde naranja en Lima No tengo 100 soles en el bolsillo, pero sí harta soledad como un bello perfume. *No te pongas ansioso y contempla”.*

Alguien a su lado percibe la tapa azul, como si emanara un apacible bienestar.

—Me gustaría ser a quien el destino reserva tus secretos.

Luna, sensible a la voz poética, presta atención al compañero de viaje, estima que en las próximas 8 horas que lo separan de Trujillo, podrían decidirse entre la melancolía y la conversación.

—¿Le gusta la poesía?

—La poesía es implacable. En medio de oscuros espantos —dice, como si reconociera en Luna esa sombra que lo circunda —.¿Y para quién, devorada de angustias, guardas el esplendor de tu ser?

A Luna lo invade un extraño sosiego y un polvillo algo picante flota en el aire; los sonidos se van quedando remotos, replica en una voz que siente ajena.

—Voy en busca de mi girasol —y muestra al extraño un signo *ampersand* —. El poema exhibe su necesidad de ser, con símbolos. Ésta es el ancla de una realidad más real. La distracción de la forma no oculta la sumisión a la libertad creativa.

El signo hace muecas a lo Mallarmé se autogestiona y construye su sentido. Luego se dirá del poeta que no vacila y que sella el avance de la poética, con la misma urgencia: salirse del lenguaje para ser símbolo, imagen, para estar más allá del mundo plano, del texto y del tiempo.

En *Arder* hay un destino inconcluso, una mujer que queda en Lima, a la que en pensamientos menciona, Calipso; y, mientras, se dirige hacia Trujillo, donde está el posible destino.

En cada extremo de la ruta una mujer. La que se deja es testimonio en *Arder*, el libro que late en las manos de Luna y luego, insolente y en un futuro que no sabe ver más allá del papel donde la escribe, la del cuerpo tostado y fino, de ojos espesos y brillantes, describe a la mujer sucedánea.

—Joven —dice el extraño—, reflexiona sobre el sentido y la referencia. Hay una naturaleza arbitraria en el signo.

Luna percibe el pliegue de la realidad. Saussure, transgrede los márgenes de la lengua, hasta hacer imperceptibles sus territorios.

—En mi poética, no hay secuencias visibles o manifiestas de un camino de otras voces, hay un estar en el lenguaje —dice Luna.

Luna trata el tópico recurrente del lenguaje, el horizonte mental del romanticismo, haciéndose fuerte en las ataduras a signos, en dimensiones diferentes a las palabras y sus significados. Siente la fortaleza que le da el objetivo del amor, mientras que en las palabras está atravesado de infinitud.

“*Contempla*”, se dice, para neutralizar las fuerzas antagónicas que se debaten entre la realidad y las palabras.

—Me pregunto si has percibido que he comenzado a arrepentirme del coloquialismo. Mi poética dialoga con las formas, y tú la colocas en el espacio diegético.

La voz de Varástegui se ha vuelto átona, como la de Mallarmé; ambas con complacencias, su propia voz se impone en su poética.

—Tienes el mismo fuego, ves la realidad a través de la poesía.

—Maestro, lo aprendí de usted —dice Luna que va perdiendo a poco el ancla que le dejó instalado Augé, al partir: contemplar.

—Viví en una realidad en Perú que me sugería la rebelión del lenguaje, en un país militarizado, mi natural ofensiva fue contra el estado, lo social. A ti te atraviesa el amor. Una revolución

tan potente como la del lenguaje y un objetivo superior de la experiencia humana.

Marón

Marón pinta una ciudad de polvo como si nunca hubiera dejado de ser de adobe; para Luna es una hermosa postal; la ciudad brilla, como si fuera un reflejo de su girasol, piensa que es un marco propicio para el encuentro, además de apreciar la ciudad con ánimo festivo.

Marón lo lleva hacia la costa, a degustar las delicias de la ciudad, entrar a Trujillo brindando con chicha de jora, o de maíz, es como plantar una bandera con derecho a conquistarla.

Beben por la primavera, por el calor, por el amor, por la poesía, por los parientes, los parroquianos, las conquistas, beben hasta que llegan las confesiones.

Luna muestra las manos, donde están las huellas de las cosas que ama, el lápiz, la capacidad de escribir, la huella de la piel de Ileón, la trujillana que no ha dejado de persistir; el alcohol le fatiga la imagen de la muchacha tan cerca, inevitablemente lejos, aún; enredado en las vidas históricas de Marón, que exultante festeja la llegada de Luna, como si fuera una posesión valiosa.

No solo de confesiones, sino de angustia se acompaña cada trago, cuando se acerca alguien más a sumarse al bullicio de las celebraciones.

—La carrera literaria, no es para comodidades ni olvidos —dice el hombre.

Luna y Marón suspenden la libación, no porque quisieran, sino porque las bocas se les han quedado abiertas.

—Maestro, le aseguro que me prodigo fervorosamente a la tarea, he adoptado la vida del poeta, me entrego a la conversión desde adentro... —se atropella la lengua de Luna y queda a la mitad de la idea.

Para el imaginario de Marón, Juan Ramírez Ruíz debía presentarse con alguna ceremonia o ropaje de algo como un dios.

—Amigo —dice Marón, más borracho que asombrado —, aquí el poeta no ha abandonado ni el camino ni la pasión —y golpea la espalda de Luna que se sobresalta, asumiendo que al hablar de él, debería mostrarse más dispuesto, pero la chicha le ha puesto oscuridades en los ojos y le mueve las perspectivas del bar.

Es como si la gran épica literaria del Perú, se concentrara en un instante. Hay nombres que detonan esa magia; el no invitado, en el no lugar, un destello en la irrealidad que el alcohol convoca; levitan en una burbuja que temen romper al menor disturbio. Luna se ha imaginado a sí mismo como

un compañero de Verástegui en la travesía del lenguaje; a veces, la verdad de la palabra, es más fuerte que el amor, y es la palabra amor la que le suplanta el deseo en el cuerpo. Por lo pronto vacila, se inquieta, si alguien debía hacerse presente, debió ser Ileón, quien espera, aún alcance a compartir la plenitud en escena que está ocurriendo.

—“Y yo quiero que seas feliz, tú. Juan Ramírez Ruiz” —cita Luna y agrega—. Has click y empieza el juego.

Luna vive su escritura, participa en su vida de poeta de la Internet; colisión inescrutable entre la relación de ser feliz y ser de su tiempo han impuesto en el poeta un deseo de liberarse del tiempo en que Verástegui era el presente; como el escritor, Luna vive su propio *imago*.

—Reivindico a los que quieren abrir camino. No olviden que Hora Zero fue caja de resonancia de carreras literarias —y con algo de tristeza, toma un vaso de la mesa vecina, se sirve chicha y con aire solemne agrega—: nos reblandecemos a los treinta y traicionamos el ardor de los veinte.

Luna acusa el poder de las palabras destructoras, alcanza a verse en el reflejo del vidrio del bar; se encuentra levemente parecido al de Lima, al que carga el corazón suspendido y los ojos turbios del destino contingente.

—Tengo 28, *soy un poeta en la era de la Internet*, y estoy en el camino de las ideas universales, no me voy a entregar.

Se le atora la palabra que debe suplantarse por ideas universales, nada es más universal que el amor, piensa; con la mirada que pretende fijar sobre el vidrio como un intento de incrustar la contigüidad de las personas que se reflejan, Marón y el no invitado, y él mismo, que aunque parte de la escena, percibe la escena, aunque se insista en que el narrador no puede verse a sí mismo desde otro ángulo que el mismo objeto de observación.

Lo que será escrito, está en el diálogo y en su reflejo y representación.

Juan Ramírez Ruíz, se inclina sobre el vaso, y como si le hablara al líquido, murmura:

—A veces no es la literatura la que deserta, sino el amor —dice, como instaurando el presente de una pasión doble, el de intérprete y el de predicción.

—Le tengo fe, aquí, el amigo, es un mago con las palabras, qué mujer podría resistirse —dice Marón, como si los sofismas fueran una garantía.

Luna no confía sólo en palabras, la mujer que ama le ha dejado promesas en el cuerpo. Además del desdoblamiento de la imagen que le devuelve Juan Ramírez Ruiz, intenta, inútilmente, mantenerse erecto en la silla, como si la postura, de

repente, pudiera representar la conducta que necesita exhibir.

—El amor es un acecho, la poesía un estar — dice Luna que acompaña la frase con un movimiento sinusoidal de un dedo, como si estuviera pastoreando las palabras que le salen englobadas.

—Hay un principio de coherencia para el poeta —dice el hombre—, reivindico la tarea de edificar la identidad, lo que significa inspirar, participar, crear la historia, abrir el camino revolucionario, la poesía como motivador.

Marón brinda con inusitado fervor, Luna se desliza de la silla, cierra los ojos, y emite un gruñido que no llega a ser una palabra.

El hombre lo mira con tristeza, mira a Marón.

—Cuando conviven los *yoes*, es difícil mantener la coexistencia, ser poeta y enamorado, es un camino a las discontinuidades.

Mientras el hombre se levanta, dispuesto a irse, Marón levanta las dos manos y las sacude en un doble adiós, como si uno fuera el propio y el otro de Luna, que yace desparramado en una pose como tironeado en direcciones opuestas.

—Soy el último defensor del principio de coherencia —dice Marón al mozo que se acerca a presentarles la cuenta.

Se carga trabajosamente a Luna, ayudado por el mozo, el camino a casa es pesado.

Troya

—Te miró con tristeza y me miró y dijo:
«Cuando conviven los *yoes*, es difícil mantener la coexistencia, ser poeta y enamorado, es un camino a las discontinuidades», y lo demás, como te conté.

Luna traga aspirinas, agua, aire, el fuego no se apaga, pero no por el día de celebración, sino por el anhelo de la mujer que está en el futuro inmediato.

—¿Estuvo ahí, ¿verdad?—pregunta a Marón, casi por fórmula de confundir con ficción.

—Estuvo —dice Marón.

Luna no alcanza a hacer foco en la geografía; flota aun la voz de Juan Ramírez Ruíz, que acomoda a sus propias perspectivas, la voz oral, por la palabra escrita; bien podría haber sido otro, un desplazamiento de lo fáctico hacia el poder de la chicha, el maestro ha desaparecido. Aunque han asegurado que murió en un accidente, hay una visible contradicción.

Por momentos teme que se va desprendiendo de los fantasmas que asolan en el libro publicado, *Arder*, que lo acompaña en la búsqueda; como si las voces se hicieran presentes para conjurar el encuentro para el que ya no encuentra calma.

—Iléon—dice en voz alta Luna.

Como si con la voz pudiera instaurar la mujer real lo que es virtual en la escritura.

Marón entiende que es una pregunta.

—No sé nada sobre ella, Pata, supongo que sabe que vendrías, que lo acordaron.

Luna asiente, pero miente. Miente para sentirse a salvo de los comentarios, de las contradicciones, de la preeminencia de la promesa del cuerpo de Iléon, de los besos en Lima, de la diferencia entre las palabras pronunciadas y los hechos del cuerpo.

Lo ha escrito, y es la escritura lo que será referencia de lo hablado, o lo que fue expresado en gestos, “tus hermosas piernas y en lo hermosamente dulce que son tus fotos”, y la voz de Duclós, admonitorio, «te dejó fotos, Pata, no te concentres en otra cosa. Una cosa es la fantasía de la poesía, otra la realidad del amor».

No es moda, piensa Luna, cómo se atreve a llamar fantasía a la poesía, piensa, como respondiendo a Juan Ramírez Ruíz, que se asoma detrás de la bruma del recuerdo. El amor, piensa, tiene que formar parte de la objetivación de la historia.

Frenéticamente se apodera del celular, convoca con ardor al encuentro, Iléon responde como si continuara con sus frases, amor, sí, ahora, Trujillo, ya; se suceden las interferencias de frases.

Vamos a ser felices, sueña Luna. Vamos a ir juntos, como Ulises y Belano en busca de la madre de la poesía, Cesárea Tinajero; Ileón le ha confesado que se siente como un ángel, como Blanca Varela; Luna sería su Octavio, le ofrecería las vivencias que querría que la convirtieran en humana, “Amo la costa, ese espejo muerto en donde el aire gira como loco, esa ola de fuego que arrasa corredores, círculos de sombra y cristales perfectos”; hay un pájaro atrapado que Luna piensa liberar. Ileón, etérea, escrita, por ahora en el cielo de Trujillo, y neutralizar el desencanto de Varela con que tanto se identifica la muchacha.

Ya está el pacto hecho, se verán, se escucharán, se olerán, comprobarán que están más vivos que relatados.

Marón le acerca una cerveza, mientras los dedos de Luna, enardecidos, como si la tocaran a ella, le expresa la urgencia. A Luna lo ha traído el alma, que no sabe de tiempos o circunstancias.

Y de repente: ya está hecho. Ella lo espera en su casa, en un tiempo sin nombre, un no existir de las distancias, no coloca la fecha, ni la hora, hay un ya perentorio.

Envía a Marón la mirada cargada de brillos como si se le hubiera colocado un sentido a su vida, bebe la cerveza de un trago, con la intención de atenuar el fuego.

—Te quitará la piel, la tripa y los ojos —dice
Marón, con una sonrisa; algunas torceduras del
poema de Blanca Varela.

Encuentro

Traducir verbos en la mínima cantidad de actividad corporal coloca en perspectiva el impacto de una mujer sobre el sistema límbico. Iléon es la aliteración perpetua, *Elena Bellamuerte*, bella norte; la piel misma del Perú con soberanía sobre las articulaciones de los miembros del poeta.

En dirección a la muchacha hay una cinta estrecha, iluminada por Luna que inhuma el alma del poeta,

La muchacha contiene en sí, toda las promesa para el placer del espíritu y el cuerpo; bella, de cobre, bizantina, indispensable; lo invita a andar sobre sí, no sólo con la boca, que se unen en un cumplimiento.

Verifican con el cuerpo lo que está unido en pensamientos.

Trujillo se le presenta atiborrada de rugosidades, no alcanza a situarse que ya es sólo el cuerpo de la muchacha, los labios, los ojos cargados de frotación.

Luna instaure, en Trujillo, un excepcional concepto del mundo, palabras que pueden escribirse sobre las interioridades de la muchacha; por el canal vertical de sus curvas hay un poema

que se fragmenta, se extravía en los renglones del cuaderno y trastoca sus emblemas: el lenguaje por lengua, escritura por deseo.

El color ámbar de la muchacha explica, rotundamente, el entusiasmo poético de Luna. Los labios entreabiertos, menuda, con una gracia que el poeta encuentra tan cercana que es como si la tocara.

Trujillo hasta parece propicio, soleado.

La muchacha aparece y desaparece, aparece y desaparece, son los profundos parpadeos de Luna a quien el cuerpo obliga a replegarse antes de arrojarse en sus brazos.

Luna piensa que la joven es todo lo que diría Herbet Marcuse: la relación interior entre el placer, la sensualidad, la belleza, la verdad, el arte y la libertad; el destino. Se repite: el destino.

Tiembla, el sistema nervioso hecho un dédalo.

Ileón

«Aquí estoy», susurra la muchacha, sin pudor, con el cuerpo abierto, y sueños de lujuria; y el dulce y vago amor. La incandescencia de Luna no se deja confinar, extiende los umbrales y retrasa la caricia para embriagarse de la escritura del deseo en la cara de la muchacha,

La corporeidad del latido tibio ha puesto un ligero temblor en las manos de Luna. El merodeo inquieto, revela que contiene el ímpetu del conquistador, paladeando la posesión.

El cálculo del acercamiento entre los cuerpos es un vestigio, extensión arcaica por el control; los cuerpos se han penetrado antes de tocarse; la privación como un grito fuera de la imaginación, cada uno en el cuerpo del otro; sin tocarse.

Hasta que las manos del poeta, establecen signos sobre el cuerpo de Ileón, diestras en la clandestinidad de la palabra en pasaje a convertirlas en suspiros, en un llamado puro y salvaje que aviva un fuego dispuesto a la combustión.

Tintinea la armadura desnuda, el aliento disuelve la compostura, el cuerpo accesible.

«Tu cuerpo quema», se escucha; la voz se pierde dentro de la boca de Luna; la llamarada penetra, erecta, incontenible; para cuando quiere volver a ser palabra el desorden salvaje de los cuerpos, imbricados, se confunden en líquidos espesos.

Luna penetra la violácea superficie en sombras, la verga como un lápiz en la hondura de la hoja. «Sí, sí, noo...siiii, noo...sí...», sonidos que arman retruécanos, como en clave; por una vez o varias, mientras se obtura un más allá de las palabras que embarga a Luna, subyugado ante la sangre que se mezcla con el semen; Ileón, vibra, se acopla, enmudece, se expande y vuelve pequeña bajo el peso y la imposición del sexo incontinente, los pezones erectos, en vuelo.

Se dirá en el texto que se fundó otro Perú, Luna ha transmutado en el cuerpo dócil de Ileón, conquistada, y ya no puede ser parte de otro texto más que el de Luna, un texto enajenado que quiere ser como la eternidad de esa pasión.

Luna se complace en la perplejidad de la muchacha ante el golpe aguerrido del sexo, mientras el deseo espirala; hay algo en ese deseo que requiere de otros sentidos; algo que Luna instala ahí y a lo que es difícil reconocer.

Luna, bajo el influjo de la hermosura táctil, el cuadrante extraviado, susurra: «Calipso»

Calipso

En Lima, hay una muchacha que sembró la sed en Luna; allá, cuando Lima empezó a convertirse en adverbio de lugar, se escribió sobre otra realidad; en *Arder*, se fragua la fertilidad y la promesa, están las huellas del serpentino pasado del poeta; Calipso, el amor que prefigura, tiene un rostro de mujer, insinúa, especula, ha sido escrita, se entreteje con el *ampersand*, en ese sonido, antes del girasol en Trujillo.

A Ileón, la vida se le vuelve una fragua de ilusiones, como cuando en Lima, dos mujeres aman a César Vallejo, cambiando lo simbólico por lo humano, también hay dos amores; el ingenio y la fantasía de la lengua para eliminar la sintaxis entre los cuerpos de dos mujeres, una en Trujillo, otra en Lima, aunque oriunda de Cajamarca, la misma, la otra, ya es una articulación verbal, está en la voz del poeta, en su sabor, en su mente.

Tanto amor y no poder contra una palabra.

La voz de Luna construye una red con el lenguaje, sin estabilidad.

Ileón saborea el cuerpo que vibra en un recuerdo sin huesos, que encrespa las palabras del poeta.

Ahora se acomoda en un significado el vodka, el olvido. Aunque hay eso vivo, *Arder*, como si el cielo de Trujillo se mirara en las aguas de Lima; hay unos ojos, increíbles, que reflejan la trujillana.

Luna no sabe desalojar un amor para hundirse en otro, *Arder* acompaña la travesía, se suman, se complementan, se arrojan las palabras entre sí, dentro de los órganos del poeta.

La pelvis tostada, fuerte, ondulante sobre el púbis de Ileón se mece al ritmo de olas de otra tempestad.

Las manos que han invadido su dominio, sus morbideces femeninas, atrevidas y conscientes, quizás, por estar tallando las redondeces de otra mujer.

Luna se deja ganar por la sensualidad naciente, reconoce el pasaje de la inocencia a la incipiente mujer, el estado casi salvaje de la entrega le encubre la palabra emitida,

Mientras, Ileón impactada por el atractivo cruel, y la cáustica palabra: «Calipso», se asume prototipo de una mujer escrita, no ya amada, sino sustituida, seducida por la voluptuosidad de Luna, como un insecto atraído, irremediablemente, hacia la luz. Luna arde, Ileón se quema.

Páris

Pies sólidos y movimientos continuos, Páris, todo firme orgullo y la terca cosa del progreso; fuerza muscular y prolongada y un espacio que va creciendo en el entresijo de Ileón.

Luna no asume una desventaja en invadir el margen de la hoja, la conquista se hace de romper sujeciones.

Ileón evalúa las asechanzas que el poeta emana; es una antorcha que no ilumina, quema, la consume con todo y candor; el cuerpo se deshace en fluidos cuando Luna la toca, la absorbe; la mirada linóleo como con pincel mojado en un torbellino; hermoso y sibilante; acústico, una galaxia en expansión; «mi girasol», le susurra el poeta, corrige la lengua y los significados; el poeta es como el azar, un fruto en el camino.

Páris, sin ángulos o torceduras, es una explanada, un pedestal; una acuarela a dos tintas que se sostiene en su volumen. Y un hombre con desenvolvimiento, que no vacila, se presenta como alguien capaz de sostener el territorio; Ileón distingue en él la leyenda del hombre.

Luna enfrenta la gravitación: no hay victoria donde no hay talón.

Aturdido ante la revelación de que no hay patria en el girasol, Luna se ve enfrentado a la torcedura. Es inexplicable; visto desde la historia, todo lo que es gracia y armonía se ha plegado en un gélido adiós, «no, no, nooo».

Luna ensombrece ante el adiós que no se escribe mientras se está diciendo. Es el segundo en que la palabra es emitida mientras se le vuelve líquido el corazón, el sabor es salado e incierto. La palabra adiós establece un *imago* con una disolución de límites, el destino en una máscara falsa.

Tanto amor y no poder contra una palabra. Un eco en sombras diferentes.

Desolación

Luna está inmerso en una realidad a la que no puede llamar ficción, pero le sabe a eso.

No logra precisar si lo imagina o las manos están vacías, y la boca vacía, y el sexo vacío, el cuerpo extraviado; el corazón gotea en el umbral del amanecer, un tajo en la penumbra, como si disipara un sueño.

Luna se toca el cuerpo, como si la realidad no tuviera el poder de obviar la boca que debería estar allí, aprisionando su sexo; es tan fuerte el deseo que pronto aflora una marejada incontinente; las manos de Luna resbalan sobre la estela de seda que no tiene origen en el sexo de Ileón; el semen, desbocado, una marea que no parece querer detenerse. Todos sus ardores dedicados a la mujer que ama, y que a pesar de todo no logra imponer su ausencia al cuerpo de Luna que funciona sin su voluntad.

Respirar, se dice, otra vez respirar; el cuerpo le hace muecas dolorosas, como si le faltara fragmentos.

Debe recomponerse y buscar aire para volver a armarse.

Se lanza a suspirar por las calles de Trujillo, como si rodearse de ciudad pudiera neutralizar las sombras del corazón; bajo un sol que colabora en la desaparición de los límites, constelaciones alucinatorias lo agobian.

—Hay que aprender a recuperar al ausente — dice una voz que se coloca entre Luna y el sol, y es una mancha en el aire.

Luna es una cáscara que deambula, el amor es una tragedia, piensa, un subterfugio; ni siquiera puede ponerle nombre. Al poeta le han instalado una aliteración en el corazón: traición, traición.

—Mi girasol —dice Luna— no es otra cosa que la traducción de una traición.

La desolación de Luna es la de una viva revelación, ahora tiene un texto desierto entre el lápiz y el papel.

Ahora moverse es para salvarse, el camino de alguna satisfacción es el rodeo.

—Vivir auténticamente es asumir que hay mundo cuando hay lenguaje—dice el extraño que se suma al vagar sin destino de Luna.

El sol de Perú, en Trujillo, se esmera en prodigarse, quizás es sudor lo que resbala por la cara de Luna.

—Por ahora el tiempo no es rapidez, en algún momento, cuando asedien las verdaderas preguntas: para qué, y después qué; entonces el lenguaje será la respuesta.

Luna abre el cuaderno, los dedos húmedos le impiden mover las hojas con precisión; busca, silencioso, como si necesitara encontrar algo que le hiciera recuperar la voz; se impacienta, dibuja un lápiz, otra vez estrellado contra el papel, y escribe:

Heidegger y otros amigos ululando por los sentidos del lenguaje. Pero yo hubiera tomado tu mano, negro girasol. Yo hubiera bebido contigo por las plazas bajo el mediocre sol del verano. Y heme aquí Dibujando mi cuerpo sudado.

Piensa que repite gestos, imágenes, dolores. Con rabia escribe:

El camino hacia la muerte: disuelve toda Urgencia. Y esta es a velocidad que yo desato Por todo los cuerpos que arden conmigo. Me iré. Me largaré de todos, estúpidamente solo. Lo digo y lo repito y punto. ¿Cuál mi norte en este planeta? ¿Cuál mi norte en este universo repleto de caos y enajenación? ¿Cuál mi norte y mi gramática?

—Construimos fundamentos sin fondo, el presente, es distinto del mañana, cuando renovaremos la forma de ver las cosas, y mañana, será el presente; aunque el mañana no existe, podemos hablar de él, no hay metafísica, hay lenguaje. Como te expreses es como percibes la vida.

Luna quiere enfocarse en el aspecto del extraño, pero es como si el sol se negara a dejar de circunvalarlo.

Regresar

Norte o Sur. Norte. La vacilación es constante en Luna.

Ahora lleva dos ardores, uno es literal, el otro escritural, otra vez el lápiz sobre el papel, la inflexión del tiempo y la ruta larga y maciza. Se precipita en alcanzar la suficiente distancia como para hacer presente la curvatura terrestre.

Luna queda atascado en un sinfín de conjeturas, el cuerpo, hasta hace poco el destino de la muchacha de bronce, ha quedado inconclusa.

Se aloja en un cuarto donde hay tesoros, suficientes para otro corazón que no estuviera herido. Libros, ensayos, literatura latinoamericana.

Mientras, en el mundo por conquistar, se declara una pandemia.

«Todos pensando en el coronavirus y yo aquí pensando en la revolución de la poesía peruana», dice Luna. Que desmonta, en sus pensamientos, artificiosamente, la mención sobre el amor, aunque una voz, ajena, que se esfuerza por negar, compone: «Todos pensando en el coronavirus y yo aquí pensando en el amor»,

Es el 6 de marzo del año 2020.

Es un juego de sustituciones, se dirá en el texto: el amor por la poesía peruana, la poesía peruana en vez del amor.

Luna es consciente que hay un vivir del y por el arte, específicamente del arte poético y atribuye el propósito a su propia alma. Se mira en esos espejos. Enrique Verástegui, César Vallejo, también vivieron la épica del corazón fragmentado entre cuerpos de mujeres; escriben como si fueran la misma.

Es un momento fecundo pero como en espera. Dónde ir. Está en el medio de acá y de allá, hay una pandemia y no comprende las limitaciones que ello implica, piensa que puede decidirlo en cualquier momento.

Luna vaga en la habitación de Marón, en la que está confinado. Viven en el mismo espacio, pero aislados.

Marón bebe, un estado de continuidad entre el antes de la pandemia y después; Luna, por momentos, encuentra el desdoblamiento necesario.

—Detesté la vida y el tiempo en que me tocó nacer —dice alguien que se hace presente, en *la habitación cerrada*.

Luna escribe:

Darío,
entraba con su voz de metal, con su
oceánica
mirada sobre los matices y sensaciones

—Lo real, es mejor mantenerlo en títulos de trabajos, más que de reflexión existencial—dice el extraño.

—Cómo puedo cancelar todo el tiempo que viví creyendo que el amor era la respuesta —inquire Luna, mientras bebe vodka.

—El arte es un don superior que permite entrar en lo desconocido de antes y en lo ignorado de después, en el ensueño o la meditación. Hay una música ideal como hay una música verbal. No hay escuelas: hay poetas. El verdadero artista comprende de todas las maneras y halla la belleza bajo todas las formas. Toda la gloria y toda la eternidad están en nuestra conciencia.

Las voces se multiplican, Luna se está metiendo el universo por dentro, como si quisiera huir dentro de sí; la pandemia limita las opciones. Luna prefigura el espíritu de Rubén Darío como si fuera su médium; angustiado, insatisfecho con su mundo y época, al serle negado los placeres por el que está en Trujillo siente que la muerte lo asedia; un alma errante que está atascada, oxímoron.

Mientras el mundo parece despertar a la realidad de una agonía, un virus que lo asola, Luna se propone salvar el corazón que Ileón ha destrozado y entregarlo a la poesía, no sólo a la poesía peruana, a la poesía del mundo. La epopeya de la poesía se abre en dos aguas, por un lado, los poetas

que son su guía, por el otro los detractores; en el medio, la pandemia se parece a una parálisis.

Ha quedado varado, y no puede estar lo suficientemente alejado del girasol para olvidarlo.

Algo más lo distrae: yo; mi historia empieza en su poesía.

Luna, un *poeta en la era del la Internet*, ha huido hacia el mundo virtual. En el Facebook, desarrolla una intempestiva búsqueda del sentido.

Hay como una bisagra, se dirá en el texto, lo diré yo.

Hay un gozne en el curso sinuoso y hecho añicos de Luna.

Escribe el desamor, escribe el implacable poder de los ojos y la voz de la muchacha que lo rechaza; Luna un pájaro con alas mojadas.

Empuja el mínimo y lícito confort para el momento de valerse de la libertad para moverse o huir.

Hay pandemia, está prohibido circular, y está atascado entre suspiros, dolor, vodka, y palabras.

Y lo confiesa.

La pandemia impone cuarentena, pronto percibe Luna que debe moverse, ir a un lugar propio o cercano al propio, ya no puede permanecer en casa ajena, se está reconfigurando el mundo, y los espacios comienzan a desbancar el tiempo, se vuelven escasos y costosos, son el refugio contra el virus que asola el planeta.

Como si todo en el mundo se hubiera congelado en un instante; el mapa planetario, que se difunde en las noticias, está tachuelado de rojos, es el decurso de la pandemia.

Oitos

Corre el año 2020, se declara Pandemia. Se dirá, tal vez, o queda escrito, que ocurre una epifanía respecto a la vida de Luna. Que lo impulso hacia la movilización, que salvo sus obstáculos. E incluso que soplo los vientos que lo depositan en el Norte.

La primera vez que sé de Luna, es porque me refugio en un grupo de Facebook.

Escribo microrelatos, sin saber que sería un libro. El nombre del texto es del presente y no sirve para esta historia, salvo el hecho de constatar el carácter casual de mi presencia y una que otra coincidencia.

Soy omnipresente, pero invisible, soy nadie, entro sin lazos o estirpe a un espacio definido por voces poéticas.

Luna brilla, se expone, exhibe una poesía dúctil, polifónica, una tempestad en curso.

Escribe con desparpajo: «Soy la nueva poesía del Perú», envuelto en una vorágine de expresiones netamente sensoriales; Luna, atacado y amado,

En mi rol indiscernible bajo suelo peruano, me atrae la agitación de las palabras de César Vallejo, De Enrique Verástegui; “El poema no necesita

ponerse al día, siempre será una crítica del lenguaje” dice Mario Montalbetti.

Entregado al vodka, desconectado, una realidad de cuerpo ausente y más del mundo de efluvios oníricos que de conciencia, el cuerpo arrastra el corazón, la mente en las manos.

Y la Pandemia.

Luna arde y se apaga las urgencias del cuerpo que el corazón recrea.

Flota por la edificación resquebrajada del cuerpo de una mujer, Ileón, sucedánea de Calipso; indefenso, atormentado, desprovisto de movilidad, atrapado entre la sensualidad del recuerdo y un paisaje fecundo: la habitación donde queda atrapado en Trujillo, bajo los efectos del alcohol, y la angustia del porvenir.

Qué conviene, a dónde ir. Cómo llevarse a sí mismo.

La vida de Luna arranca y se apaga, y vuelve a arrancar; viaja entre palabras, está atascado en la nada, subyugado por una lengua que resiste el rechazo de lingüistas que se basan en la característica de la lógica del tiempo y la norma para otorgar valor; Luna convive ahora con dos sucesos, *Arder*, y *Desierto*, que asociado al contexto, sugiero: *Descierto*, *Des(c)ierto*; para analizar, para completar una unidad, el lugar, la verdad, la soledad, cuestiones que tendrá que

añadirse al significado de una palabra que resulta insuficiente.

La Pandemia comienza a notarse en la teatralidad de los escenarios.

Es cuando toma conciencia que puedo detener las mareas externas, aunque poco puedo hacer por las internas.

Algunas coincidencias en la que ambos nos reflejamos en un mismo espejo, el libro de Luna, tiene por título: *Arder*, gramática de los dientes de león. En el mío un par de dientes de León es la imagen de la tapa. No son razones epigramáticas, o fenómeno referente; una imagen o una frase no hace al escritor, pero hay expresiones que esplenden, o *Splendor*, asociadas a una expletiva de orden temporal y asociativo.

Arder

Hay un cuerpo social. Es desatento con los emblemas y su demanda está en la palabra, más que en gestos.

Luna es una entidad externa y otra interna; en una, Calipso establece predominio, en la otra se construye en palabras. Hay un suceder persistente que se niega al poeta; explicaciones insuficientes para contener el ardor.

Arder, ahora *Arder*, basada en los presupuestos de la Teoría de la Argumentación en la Lengua, Teoría polifónica de la enunciación, J. C. Anscombe y O. Ducrot., el *per se* argumentativo de convencer con algo a alguien, a Calipso, al entorno familiar, a sí mismo.

El poeta es persuasivo en el texto, pero escande.

Su cualidad es horadar la gramática, romper la frase, el amor, el deseo; ser el poeta del Perú, dejar a Calipso, no ser de Calipso.

Disgrega el drama hacia la poesía. Mientras escribe está fuera de Calipso y dentro de la épica del amor; escribe “yo”, “Yo”, escribe:

—¿Y ahora qué piensas?/

—Nada.

Nada, hace brazadas, es un *poeta en la era de la Internet*, contiene la fuerza salvaje que lo motiva, Calipso se resiste a diluirse como una niebla, ahora vuelta palabras, que es como una declaración de algo perpetuamente ocurriendo.

Los dientes de León prefiguran que muerden, pero se trasladan, esa doble acción es el eje del poemario. Luna puede permanecer en el poema, pero no en el cuerpo, la mente trashumante sopesa los opuestos entre la expectativas de Calipso y las propias, que es como definir si serás alguien como John Cheever, que aunque con un premio Pulitzer es una mente que conjuga la literatura con el cuerpo inmóvil; Luna porta combustible, no sólo para crear, sino para andar; se cuestiona amar la fresca cintura de Calipso.

Yo, Oitos, descubro en *Arder* arcanos que me interpelan. Luna escribe:

/estoy muriendo y quiero una manzana
como un verso perfecto/de Seferis.

Yorgos Seferis escribe *dimotikí glosa*, la lengua del pueblo, el espíritu del que organiza la revolución del lenguaje con modificaciones sobre el griego oficial; la corporeidad perfecta de los anhelos de Luna, combinar sus propias experiencias con la historia y la mitología.

Seferis se inspira en la Odisea de Homero.

El cuerpo, la palabra, el camino, se hace de lenguaje y distancia. Es una revelación.

Sin faltar a los temperamentales que hacen de la revolución social un cambio de diseño en la vida personal, lo enfrenta con la instrucción, con la palabra, Luna siente que es parte de esa epopeya, escritores, como Gean Genet, se instalan en sus poemas como un motor sugerente de activismo político; sin compromiso con el pueblo no se puede refundar Perú desde la poesía, piensa.

Yo sigo una estela, dice el poeta:

versos de Kavafis lanzando wiros con
Moi/ como un poema a medio terminar en
una servilleta/.

Reverbera Constantino Cavafis, el poeta griego, el de “Ten siempre a Ítaca en la mente / Llegar ahí es tu destino. / Más nunca apresures el viaje”. Apotegmas que guían mi propio absoluto.

En *Arder* está ocurriendo una épica, y un sin tiempo detrás del *ampersand*. Hay un recorrido alternativo que se hace de nombres, Blaise Cendrars que con sus poemas por metros no logran neutralizar la mutación del espacio a tiempo con que se mueve el corazón de Luna. Cedrans avanza en decimales, poemas por metros; Luna en kilómetros.

Autores de periplos, Rubén Darío, José Lezama Lima, *Flaneurs* en la literatura y en la vida.

Escribe:

“Yo era un poema sobre Joyce escrito por
W. Cironis en el siglo del internet”.

Autores enajenados con las máscaras y la teatralidad; César Calvo, Raúl Zurita, mundos que surgieron desde la miseria y brillaron. Luna se reconoce entre espejos, no como un escollo o un impedimento, sino como instrumento poderoso de su devenir poeta.

El fuego interminable que me lleva al próximo nombre, se encadena a los *ampersand*, el signo, se dirá que es una cadena, o una señal: &. Con Roberto Juarroz, el mundo se vuelve vertical, no tiene más que dejarse deslizar, porque “Mientras haces cualquier cosa, alguien está muriendo”; el mundo se está volviendo enhiesto y pequeño, en un solo sentido: caer.

O salvarse con un girasol,
Sin otro arte que arder

Y yo, Oitos, no controlo, o no me propuse controlar la hoguera. No necesita oxígeno para arder.

Polifemo

Los vientos han decidido el Norte.

Luna carga el vodka, la mochila, *Arder*, un proyecto que significa el amor excluido, y la decisión, intacta, de conquistar el Perú.

Hay una explosión en ciernes: miles de sitios en la Internet, han liberado material literario; el poeta escribe desde la carpa donde lo ha confinado Polifemo. Está ubicado en la Carretera central panamericana norte, en Mocupe, Lambayeque.

mientras el viento azuza las hojas que
crujen...

Lee *Aladino o vida*; Luna interpreta algo de mística en la coincidencia, el texto ha sido escrito por José Santos Chocano, también al borde de una carretera.

Al poeta excita el pasado que provoca el presente, una épica cuyo resultado está ocurriendo, anclajes que el corazón necesita.

Luna devora como si cada libro tuviera una verdad, una única verdad para toda la superficie de la tierra.

Le sabe a cenizas el placer de la lectura, mastica el loto, lee; y sin saber cómo descubre a Oitos, me descubre.

En las impenetrables tinieblas de la Internet, en el constelado espacio virtual, para mí, una estrella brilla.

Se dirá en el texto que bajo la ecléctica mixtura de caminos virtuales y por andar, que Luna haya notado a Oitos es como decir que se domina lenguaje, territorio y temporalidad del infinito.

Luna, acosado por el trasiego del amor conjurado, entre el vodka, a veces oportuno, ron, vino, y vuelta al vodka, recupera el lenguaje a través de la bruma y en el recorrido urgente que le propone Desierto, espera ayuda aunque no pide; Oitos ayuda, como si publicar ese texto lo exorcizara del amor.

A medias ciego, Polifemo vigila al descarriado, con el fragor en la mirada constante; la cuarentena coloca palabras nuevas en el lenguaje: barbijos, guantes, gel, lavandina; y la comida es un problema; Luna no sirve ni para una cena, se alimenta de palabras; a qué sabe un poeta, con qué se adoba, cómo se le pone carne a los huesos, sobre todo cuando se rellena de alcohol; en vez de cuidados externos, los internaliza.

La mirada de Polifemo da vuelta las esquinas, persigue al poeta que vive en una carpa a la vera de la casa, le censura las sesiones de virtualidad y, aunque lo alimenta, el poeta solo se llena de sueños.

Se suceden, una tras otras, las incomodidades que se prodigan, Luna pierde la mirada en la carretera, escribe sobre el girasol, debe volver a Lima; conjurar el desamor necesita espacio, el suficiente para, otra vez, quedar del otro lado de la curvatura de la tierra.

Sometido a la violencia de no estar donde pertenece, se aferra al espesor, porosidad y dimensión del desierto de Mocupe, como palabras que lo definen como sujeto; al que le asigna todo lo negativo que tiene atrapado en el corazón.

La poética que lo habita, está compuesta de rupturas semánticas, transgresiones y anulaciones de normas sintácticas, el rapto poético de descripciones de drama, en el desierto, solo, enamorado y fragmentado.

Su escritura refleja la caprichosa y eventual estaticidad a la que está confinado, pero en curso de una desviación, marchar sobre la página en blanco.

Des(c)ierto

No se comprende qué clase de vientos colocó a Luna en el norte, pero puedo asegurar que no fui yo.

Soy omnipresente y también hay una pandemia, espío el transcurso de los aviones, las ciudades fantasmas que la cuarentena va desolando; y también pienso en la mortalidad y todos los inexpressables acontecimientos de textos que se extinguirán en una idea.

Y de repente, Luna suelta una llamarada: *Des(c)ierto*.

Y este “yo” de *Des(c)ierto*, el “yo” de Héctor Libertella, en *Las sagradas escrituras*, “el yo armado con un elemento que conjunde y une, seguido de otro que disyunde o separa”

Con Luna en Trujillo; atrapado, inmovilizado, un diente de León en una campana invisible, con quien es proteico intercambiar lecturas, pensamientos; se convierte en una fisura desde el centro neurálgico de un poeta, hacia el ojo omnipresente, y no hay rayos que pudiera lanzar desde mi altura, los rayos se emiten desde Luna.

Ni siquiera me repongo de esa Nova de *Arder*, que me asalta la lujuria espinosa de *Des(c)ierto*.

Pretendo llevar anclas en cualquier otra dirección, pero la sujeción de los *ampersand* se impone.

Hay un brillo perpendicular que neutraliza las sombras de Polifemo, el torpe, ciego monstruo, no reconoce en la criatura que vive a la vera de la casa al sol del Perú.

Y es cuando entro en la biografía de Luna, donde hay una escritura que evoca un pretexto que es interrogación en el propio texto, una deriva que viene preparándose desde *Arder, gramática de los dientes de león*, pero que aunque con esa prevención, impactan desde los trazos los deseos que devienen en acaecimientos, la fuerza poética explota en una subjetividad que irradia.

En la poética de Luna encuentro una realidad que conecta con la literatura, el camino inverso con que circulo en mi propia literatura; es como si me enfrentara a un positivo y el negativo fuera yo.

Hay una afirmación de la realidad como un vórtice, en *Des(c)ierto*, la vida se inhala y exhala en intervalos irregulares, el aliento se afronta con dificultad.

El texto es como esos rápidos dentro de masedumbres que hacen desaparecer personas.

No sólo se explora las incumbencias del amor, sino que “Nos toca hablar por nosotros mismos,

Y en nosotros, decir las cosas”,

El texto es una exhibición hedónica de una realidad en fusión con la virtualidad.

Hay una pandemia, cuarentena, Luna es inmanente en la ciberconciencia, todo eso que la virtualidad reúne y expresa, es un *poeta en la era de la Internet*.

Mientras bebe, bebo, compartimos noticias de la Internet, leemos, intercambiamos galaxias; en la mía orbita Enrique Vila-Matas, Salvador Elizondo, Hector Libertella, Nestor Sánchez, Liliana Heer, escrituras y formas poéticas; en la de Luna, Enrique Verástegui, César Vallejo, y la embriaguez parece un estado permanente que el próximo texto, *Semen*, ya está en una virtual fusión de sangres.

Flotar

“He tenido siempre ese fantasma de estar preñado de llevar algo en las entrañas el miedo de parir un monstruo que ha estado demasiado tiempo en mi vientre porque no había nadie para esperarlo a la salida (...).

Un libro puede ser un monstruo el libro que estoy escribiendo es justamente un monstruo”, lee a Hinostroza.

Luna investiga una escritura que privilegia el silencio con una soberanía expresiva de creación literaria. Hinostroza es un escritor prolífico y Luna siente ese estruendo en sí mismo.

Mientras la cuarentena lleva la vida a las redes sociales, Luna sufre la censura, tiene pocas horas para estar conectado, en compensación, muchas horas para leer.

La vida transcurre flotando en el ciberespacio, las lecturas, la comunicación y el arte; mi ambiente natural, comienza a esparcirse.

Fermo parte de una revista literaria, el director, escritor y crítico, Erbóreo R. Frot, mi profesor de literatura una vez dijo: “todo en Internet es una banalidad”, a lo que aduje: “Y es así porque los que

podrían introducir el contenido de calidad, no están en la Internet”.

En ocasión de mi desconcierto por la dificultad de comprensión, dijo: “te vas a tener que acercar a la literatura, la literatura no se va a acercar a vos”; un tiempo después, ya bajo la irremediable aceptación del mundo virtual, hace consultas que me permite emitir el mismo veredicto: “hay que acercarse a la tecnología, la tecnología no se va a acercar a vos”.

Dos mundos, lenguajes que no parecían destinados a encontrarse, una maquinaria de significados como un panóptico que forma parte de una realidad más amplia: el mundo en cuarentena no tiene otra opción mejor que flotar en el ciberespacio.

Es otra revolución que nos atraviesa y articula con Luna. Su lenguaje poético y el mío: la informática, matemáticas y ciencias; como destinados a reconocerse entre sí.

El universo de Luna me incluye, escribe:

Y sentí sobre mí la Teoría de las Cuerdas –
expresada por Juan Martín Maldacena–
acerca de la posibilidad de que la energía en
el espacio se multiplique hacia direcciones

Como presente y futuro y pasado disueltos
en una sola música.

El relato de la poética en Luna ya no es una cuestión de duración, sino de permanencia;

estamos todos permaneciendo en la redes sociales, somos omniscientes entre nuestras escrituras.

Escribir ya no es responder a expectativas propias, es una resistencia contra eso amenazante que nos mantiene anclado: la pandemia.

El habla y la escritura, en apariencia el doble uno del otro ya no conforman unidad indiscernible, en las redes se confunden los límites, escribir es hablar, y en la escritura de Luna se infiere ese reflejo, escribe:

Me alejé de mi ciudad antes de que el
Virus arrojara a
los militares a las calles
Y balas partieran los sesos y los estados
del Facebook de todos
se llenaran de diarios escritos
de madrugada, y las calles vacías, y
soledad fue un comportamiento
no ilustrado para el nuevo
fascismo.

Catarsis y reconocimiento, son los espejos en los que Luna se mira, se involucra, orgánico y atemporal, en trance bajo la urgencia del amor al que le pide cuerpo y calor; el fuego de la creación se traza frenéticamente en un vértigo de imágenes sin elipsis.

Ileón se convierte en escritura, como si la verdadera, la de carne y huesos, la hubiera constituido; ahora es texto, del mismo modo que

Calipso; no es un nombre en la boca de Luna, no es su sabor o su mirada, es la mujer escrita. La otra mujer escrita.

Luna deja fluir el calidoscopio de emociones bajo la mano que siempre lo ha salvado, la que toma el lápiz; usa la misma fórmula para abstraerse del lugar, escribe Desierto, que se transforma en *Des(c)ierto*, mientras leo el derrumbe del ensimismamiento profundo con que Luna desmonta su biografía en mi *chat*.

Luna describe con complejidad creciente, un itinerario que va desde Lima hasta Trujillo, bajo el espejismo del amor; usualmente práctico, el diálogo, se convierte en confesional.

“El arte del fracaso es inherente a la práctica de la literatura”, dice Vila-Matas, el rol del escritor “no es la de registrador de la realidad, sino la de diseccionar lo que aparentemente sucede”, dijo, dice, lo que está escrito siempre es presente.

En el momento, el registro de la realidad, está en los *chats*, el registro de la realidad de la Internet; la palabra, es la que da cuenta de la realidad que transcurrimos y transcribimos: también voces, videos; a Luna lo embarga el incommensurable recurso del romanticismo, un sistema de latencias entre la realidad que fabrica el sentimiento del amor y la urgencia del poema.

Luna, atravesado por la estética de su tiempo, por los recursos imaginarios y sobre todo, la

virtualidad, ahora impuesta, se siente acechado por la muerte.

perderse en una ciudad, sin dinero
acechando el amor o la muerte.

“La muerte y la vida son transformaciones incesantes. No son el final de un principio. Una vez que consigamos comprender este principio, podremos dar igual valor a la vida y a la muerte”, dijo Chuang Tzu; me orbitan las inquietudes de Luna, dentro de mi propio universo.

Como escritores aprendemos a escribir sobre la muerte, pero no aprendemos a morir. No queremos aprender a morir, aferrarnos a la palabra es como un intento de conjurar la muerte.

“Me sentí muerto, me sentí percibidor abstracto del mundo”, dijo Jorge Luis Borges, Luna en la Internet encarna esa percepción.

Entonces llega Semen.

Semen

Aunque hay un proceso de magnitud en la obra de Luna, ya se escribió, es un universo en expansión y no se puede detener; también hay un laberinto, un dédalo.

Aún renuentes por catástrofes y no tanto; sumergirme en el torrente de *Semen, simetría del joven sol*, me hace sentir sin lenguaje; la propensión vertiginosa es como imbricarme en el método paranoico-crítico de Dalí, para llegar al hueso del texto, saltar de palabra en palabra, como quien se zambulle en el mar y desea beberlo en vez de solo nadar. Una revelación en sí mismo, el texto se hace y deshace entre el *road-movie* de Kerouac y el desamor, avanza como un trueno, como un intento de reventar contra el planeta; los cañones de Luna harán presente el mismo papel, y el plan de escritura, utiliza el espacio para decir:

(pegar aquí un link de una canción que despierte el sistema simbólico de las personas)

(pegar aquí una ruta para salir del eterno laberinto de mi mente)

(pegar aquí una forma de reparar mi desasosegado sentir).

Su realidad se desdibuja de la intención, la voz poética adhiere a la hipótesis de Kurt Gödel “ningún sistema formal puede afirmar su propia coherencia”; escribo en un artículo, en la revista. Revelo al poeta maldito en Luna, díscolo, rebelde y con los necesarios enemigos.

Advierto la onda expansiva, hay movimientos en las redes sociales, en los sitios de cultura, ha ganado premios, hay videos, entrevistas, pero el espíritu de Luna está atrapado en Mocupe, Chiclayo, Lambayeque, a la vera de la carretera en la que ocurren sucesos: hay gente provocando pobladas, la cuarentena impone ideas desesperadas.

Bajo la mirada medio ciega de Polifemo que mantiene al poeta atado a la carpa porque parece que flotara y quizás vuela; Luna se pregunta, y me inquieta; el plan de escape muta entre conveniencia y oscuros pronósticos; llegar a Lima, se vuelve perentorio, Polifemo insiste en que o construye una casa en el terreno, en el desierto, o se va; la estación fría se acerca y lo retienen ideas que lo consustancias con Rubén Darío: la muerte.

Además de otras razones, no desea entrar en ese mundo del paisaje de nombres, recuerdos y hechos que improvisan ecos y deseos que ya en *Arder* se han vuelto asechanzas.

Los acontecimientos se precipitan cuando se publica *Semen, simetría del joven sol*.

La poética del texto es una interrogación y afirmación a la vez; el poder del amor y el desvío manifiesta la doble experiencia de ausencia y olvido; a Luna se le doblan las geografías, el tiempo, la realidad; parece estar repitiendo sombras; el inexorable transcurso es la percepción de lo ausente: el desamor, el espacio donde anclar, algo que lo persigue porque quiere destruirlo, Luna se yergue sobre sí; declara, expone, se niega a la fragilidad de la vida y se autodefine como el sol del Perú.

Ya piensa en la inmortalidad de su obra, llenar el mundo donde percibe vacío.

Hace pactos con sus propias palabras, con Oitos, con el futuro, con el virus, se parece a la conjura de un dolor que debe enfrentar: volver a Lima.

Y yo encontré estos versos en un poemario de Oscar Málaga:

“¿qué más puedo hacer en esta época por mí?”

Se lee en *Semen, simetrías del joven sol*.

Encontré cuatro *ampersand*, el texto incipiente, en cronología anterior a *Arder*, la clave musical flamante, impone un lugar; como nueva y como flama.

«No quiero morir», escribe Luna en el *chat*, mientras intento respirar fuera de su escritura.

Hace rato que las cuestiones de Luna hacen eco en la definición de mi propia finitud.

Ojalá fueran anomalías referenciales, pienso.

“Sólo se puede escribir cuando se es dueño de sí, frente a la muerte, y cuando se establecen con ella relaciones de soberanía”, decía Maurice Blanchot, cito para neutralizar el impacto de la pandemia.

Limbo

Luna ya no puede quedarse, en Mocupe el virus ha soltado a la gente a la calle, piden, exigen, asolan, mientras el sistema de salud colapsa, él necesita volver a su casa.

Tengo miedo, lo reconozco, en Lima, las noticias no son mejores, sobre todo porque hay cuarentena, la prohibición de movilizarse es seria.

«No me quieren aquí», dice Luna.

Hay problemas con la higiene, con la escasez, con el agua, con el gasto en energía, con conexiones; hay una tensión que tuerce el decurso temporal.

Estamos viviendo en una distopía para la que no tenemos preparado el organismo o la razón. Ni se sabe cómo sobrevive el cuerpo en el espacio que estamos descubriendo: cómo sobrevivir a la confinación.

No te muevas, tengo que moverme, no te muevas, tengo que moverme; Oitos, Luna, Oitos, Luna.

No sé cómo despedirme o cómo avanzar, decirlo no ayuda.

Luna vive al margen de discursos, saca fotos, las comparte en Facebook, como instaurando una cronología del existir.

No está solo en la carpa donde duerme, hay voces que lo interpelan.

—La nostalgia no es una opción—dice una voz que proviene de un hombre al que Luna ni siquiera percibe presente—, para escoger el momento de vivir es mejor evitar un presente donde hombre-vida y miseria son inaceptables y es el hombre el problema.

Luna vive en su propia atmósfera, que no es solamente la distopía que propone la cuarentena.

—Mi voz es el poema y mi destino la revelación del lenguaje—dice Luna.

—El poema es una forma de pensamiento, es una idea de Alain Badiou, y es también parte del lenguaje. La poesía es el suburbio del lenguaje, deja al margen la comunicación para explorar el significado. Renovación de la forma es porque intenta asimilarse a las artes visuales. El poema no necesita exponerse a ningún mercado. Siempre será lo mismo: una crítica del lenguaje, de sus límites y del poder. La diferencia entre Safo y Elvira Hernández es menor que la que hay entre Melville e Ishiguro.

Luna recurre a su cuaderno, tiene escrita esas palabras en las notas de *El pensamiento del poema*, de Mario Montalbetti.

Luna me habla de sus interlocutores y puedo leerlos en los textos; nunca parece solo, aunque dice que está solo; vive en un territorio como flotando en el mundo, pero estando en él.

Luna escribe como si sembrara *Ubsheti`s*, esas pequeñas figuras que los egipcios dejan en las tumbas, como representaciones de los órganos del que, ahora, es inmortal; Luna deja el corazón, los órganos, *Ubsheti`s*, en cada texto, en cada frase, sus representantes.

Ática

La travesía es algo incierta, Luna no cuenta con credenciales adecuadas para circular, un chofer de Trailer, por algún emolumento, seguramente insuficiente por la ocasión, decide trasladarlo. Otra vez Luna en ruta hacia Lima, con la incertidumbre del amor, del retorno, de la pandemia, y sobre todo: del cuerpo, como tierra distante y extranjera; podrían detenerlo en el camino, podría terminar preso, podría adquirir el virus.

Tengo miedo, aunque no insisto; Luna desconoce mi tristeza congénita ante las pérdidas; estamos incipientemente en estados binarios, sí y no, cero o uno; es la insistencia con que la pandemia nos invade las expectativas.

De cuántas maneras se combinan la escritura y el *chat*, qué situaciones provocan; qué transformación se siembra en Luna mientras se traslada. Hay huella de un transcurrir en la geografía.

(minuto 1:40)

Yo cruzo este país como una espada, y no llevo sino mis libros, algunos versos mal escritos, y la pulsión de la esperanza como

una flor silenciosamente ajada y mi camino
hacia el éxtasis soñado.

Parece una evidencia del desdoblamiento, de las duplicidades, del tiempo que se pliega, el texto pertenece a *Des(c)ierto* y Luna está en otra épica, la de sortear la pandemia. Hay un registro temporal, el gesto de la impaciencia y el intento de fraguar la vida en texto, pero al momento parece un dispositivo de descuento, en cuanto llegue a cero, algo detona.

Informo, espío, sigo la ruta de Luna, se detiene en Casma, a cargar combustible y tal vez pasar la noche, el espacio apremia, mientras más tiempo a la intemperie, más probabilidad de ser alcanzado por el virus.

—Hay en el desplazamiento paródico en la literatura, un gesto de apropiación—dice alguien que está al lado de Luna.

El hombre, carga combustible, al igual que el conductor del tráiler; aunque no guarda las distancias o lleva barbijo, o pareciera preocupado por la misma perplejidad que carga Luna en un trayecto desconcertante, no por la geografía, sino por las circunstancias.

—La literatura ha logrado redefinir, una y otra vez, los términos sociales y políticos de la lectura, generando sujetos del habla en disputa, y ha convertido sus textos en instrumentos de la hermenéutica latinoamericana.

El hombre señala a Luna el libro que se encuentra visible en la cabina, “*Ocho siglos de poesía, en lengua castellana*”, de la editorial Porrúa.

—El medio excede la narrativa dominante en el panorama de las letras; somos la próxima revolución del lenguaje.

Su propia declaración, lo anima; toma el cuaderno del que no se despegas, el lápiz y escribe: definir el espacio de la lengua como objeto artístico en los espacios normativos y de consumo, las redes sociales.

Se propone inventar los nuevos nudos del lenguaje; ahora bajo un nuevo paradigma: huir, volver, moverse. Hay una pandemia.

En Casma no es tan extraño encontrar a Julio Ortega, salvo el hecho que vive en Estados Unidos, aunque los pliegues de las geografías y las palabras sostienen una múltiple errancia; bien lo sabe Luna que ya su vida parece ser un transcurso, así como sus palabras.

La cuarentena está dejando espacio a extraños insectos y alimañas, saltamontes brillantes, bellos, pero radiactivos; cuánto es capaz Luna de mantenerse sin tocar o ser tocado, el papel mismo en el que registra sus épicas es cómplice involuntario de la pandemia.

Volvieron los delfines y patos a Venecia, volvieron animales salvajes a ciudades desiertas, en

Casma hay insectos que no portan prosapia conocida.

Luna tendrá, quizás, que dormir en el tráiler, no es fácil circular hacia Lima con máscara de inocencia, demasiados disfraces lo hacen visible.

Durante el transcurso vive, lee, se interroga, *chatea*, el virus ocupa más que cuerpos, ocupa espacios en el temor. La escritura es intempestiva, presente, casi simultánea al movimiento.

El universo de Luna, está rodeado de puntos imaginarios de cielo, cabina del tráiler y tierra del camino.

Restaura un ideal pagano en el que la infinitud vendría intervenida por palabras que no están en su vocabulario; dioses, conquista moderna de la ciencia, Oitos; y un dualismo que rechaza en su época por la conquista, dipolos de palabras: muerte y supervivencia del alma.

Queda retenido en el límite de Lima, es domingo, hay toque de queda.

Lima, tan cerca y tan lejos, la tristeza muerde la conquista de la geografía.

La noche se hace larga, el diálogo muta, se estira, languidece; Luna viaja ya hace dos días; la pandemia impone urgencias pero las horas de viaje, la tensión, los anhelos se estacionan en su aspecto, entrará a Lima con polvo del camino, cansancio, un mendigo.

Por momentos dormita y despierta, alternativamente; los besos indiscernibles le ocupa los labios, Ieón se resiste a ser recuerdo como si se declarase un epílogo provisorio, no permite a Luna reconocerse en su específica individualidad; ya hay demasiada ocupación de su cuerpo que no puede controlar.

La inminencia de la ciudad enfrenta a Luna con la sensación de haber deambulado perdido.

El tiempo parece desencajarse; los olores que ha imaginado al irse, han desaparecido, Lima está gris, o la percibe gris.

Luna es el sujeto que mira, ausente en el ser para entrar en la mediación de parecer.

El camino a casa lo enfrenta a una realidad distinta: deberá mantenerse aislado por 15 días, que es el tiempo de incubación del virus.

“Ya estoy”, leo en el *chat*. La brevedad del anuncio es como clavar una lanza en la geografía. Estar, no está, pienso.

Es como una declaración de lujuria para la melancolía.

Jarry no lo recibe, regalaron al gato.

Contenido

<i>Dédalo o repesando la novela lírica</i>	9
Ática	12
Lima.....	19
Viaje	32
Marón	41
Troya.....	46
Encuentro.....	50
Ileón	52
Calipso	54
Páris	56
Desolación	58
Regresar	61
Oitos	66
Arder.....	69
Polifemo	73
Des(c)ierto	76
Flotar.....	79
Semen	84
Limbo	88
Ática	91
Otros libros de la Autora	99

Otros libros de la Autora

[Atrave\(r\)sar](#) (poemario)

[Dédalo, biografía apócrifa](#) (novela)

[Señales del tacto](#) (novela)

[Ex criaturas](#) (microficción)

[Mover el punto](#) (novela)

[El espejo deshabitado](#) (novela)

[Paranoia Dalí](#) (novela)

[Adelaida Sharp en tu tiempo](#) (novela)

Se consiguen en Amazon y MercadoLibre

[Ana Abregú](#), escritora, con formación en ingeniería electrónica trabaja como [SEO posicionamiento](#) y Community Manager.

Editora de la revista [Metaliteratura](#).